

dando por supuesto que hay una unidad entre las cinco partes de que consta el libro, con la certeza de que cada lector recompondrá las piezas a su antojo, haciendo de cada parte un fragmento de su propia composición.

El libro se abre con un hermoso relato, un tanto faulkneriano, cuyo protagonista, el capitán Louvet, cambia trágicamente de destino cuando se encuentra solo frente al enemigo, por haberse adelantado en exceso respecto de sus propias fuerzas. Louvet, viéndose abandonado en el ataque (ataque que le embriaga a tal punto que le sitúa en solitario), no renuncia al mismo, sino que porfía, con el sorprendente resultado de acabar integrado en las filas enemigas. Marías describe el drama con todo el aparato y la gallardía que requieren los motivos heroicos, sin olvidar guiños al lector y homenajes humorísticos.

Tras este relato, un monólogo chiflado, maniático, extravagante, introduce a un nuevo personaje, un desvalido esclavo en lucha contra un amo que le fascina y al que aborrece. Como en el caso de Louvet, el paso de una posición a su contraria acaba siendo la misma cosa. La fascinación y el aborrecimiento se intercambian sin afectar para nada al amo (o al otro), con lo que cabe dudar de su mera existencia.

Viene entonces, en el centro del libro, un irónico ensayo sobre Julio César, de Shakespeare. Marías maneja como un prestidigitador la célebre "verdad" defendida alternativamente por Marco Antonio y Bruto, desde posiciones irreconciliables, y aplaudida indistintamente por un pueblo que sólo ama la última palabra. Es en este punto donde, a mi entender, se perfila definitivamente ese monarca del tiempo que da título al libro, ese dispensador de verdades sin otro fundamento que el de su actualidad, pues es el monarca quien sólo concede como verdadera la última palabra. Ahora es posible (seguramente hasta este momento no lo fue) tomar en serio la voz de la narración como una y verdadera, como voz de un protagonista. Así, el siguiente capítulo,

otro monólogo en el que alguien (un hermano) trata de convenir a otro (la hermana que quiere casarse), ya se lee desprendido de sus encarnaciones concretas y como prolongación del monólogo del esclavo. Una vez más, todo el raciocinio del hermano se muestra inútil cuando aparece el futuro esposo, pero no por eso queda invalidado como verdad.

La conclusión, en forma de

drama, reelabora todo lo anterior con una perfección y una fuerza soberbias. La voz de la verdad es ahora un preceptor, un optimista que trata de someter con su racionalismo beato al único discípulo que le queda. Pero éste, que habla en verso, no contesta a sus argumentos, sino que se limita a negarlos sin afirmar nada, extasiado en la contemplación de su nirvana poético. El diálogo finaliza con

la aparición del ángel tutelar, quien ratifica la condena del discípulo, y, negándole toda esperanza, toda salvación, confirma que esa (la última, claro está) es la única verdad verdadera.

Alguien puede pensar, leyendo este esquema, que se trata de un libro enrarecido, espeso. Quisiera disipar esta sospecha. Javier Marías es un narrador extraordinariamente brillante.

ADIOS A LAS LETRAS

Nueva y Vieja Estafeta

Eduardo Ballester, director general de Difusión Cultural, trae el paquete con sudor. Este es un país que pasa de hacerle la pelota a los directores generales a obligarle a cargar con los paquetes de las publicaciones de que son responsables. Lo que llevaba en sus manos Ballester, como forzado de Dragut, con voz de barítono valenciano y ojos es-

crutadores de personaje hallado en la Corte, era la (llamada) Nueva Estafeta, revista literaria que sustituye a la (llamada) Estafeta Literaria, que a partir de ahora y en el dulce sueño de la muerte, va a ser recordada como la Vieja Estafeta.

La Nueva Estafeta, hecha para que el personal literario se reconcilie, está dirigida por Luis Rosales, verso escueto y fluido, Andalucía honda en una lengua propiamente castellana. El Consejo Asesor está formado por andaluces, castellanos, uruguayos, catalanes y algún que

otro judío brillante, silencioso y educado. Son estos gentlemen de la asesoría de los conocidos literatos Leopoldo Axancot, Carlos Barral, José Manuel Caballero Bonald, José Luis Cano, Rosa Chacel, Jesús Fernández Santos y Juan Carlos Onetti. Es un respiro siempre hallarse con ese nombre al pie de un Consejo de Dirección: Onetti. Lo que pasa es que uno se adentra en la revista y ve que en este país toda novedad circula por entre los pasadizos de la antigüedad, y así se tropieza que las honorables firmas de Juan Emilio Aragón, Eladio Cabanero y Manuel Ríos Ruiz, ilustres corresponsables de la época anterior de Estafeta Literaria, siguen figurando en el equipo ejecutivo de esta Estafeta de reconciliación con el futuro. Dentro, Luis Jiménez Martos, Carlos Murciano y otras firmas firmes del pasado de la publicación persisten y señalan que aquí no ha habido ruptura, sino reforma.

En todo caso, el más fiel al pasado y a los orígenes es el director general responsable de la edición de la revista. Eduardo Ballester quiso poner su acento en la comida y pidió a los cocineros

del restaurante en que se celebró la ocasión que nos obsequiaran con paella. La intención del director general valenciano fue muchísimo mejor que el resultado que obtuvieron los encargados de sazonar el plato.

Aparte de traer y distribuir la pesada revista -122 páginas, más cubiertas de José María Igle-

stias-, el director general tuvo la gentileza de distribuir buenas noticias. "Para que esta gente de la Academia de la Lengua no finalice el año sin una buena noticia", el señor Ballester aseguró que su Ministerio de Cultura, a través de su Dirección General, va a subvencionar un viejo y acariciado proyecto académico: el Diccionario Abreviado. Los escritores de la asociación de Ángel María de Lera y los escritores del Pen Club de José Manuel Caballero Bonald van a tener el apoyo de la Dirección General. Va a haber un Con-



Eduardo Ballester.

greso de escritores españoles en Las Palmas. Vamos a tener el quién es quién en las letras españolas. Vamos a vivir una luna de miel literaria. Y además vamos a leer más. Eduardo Ballester anunció que en enero se pondrá en marcha la campaña de difusión del libro, para dotar de textos literarios a un alto porcentaje de españoles (el 59 por 100, en términos relativos) que no leen ni la nueva ni la vieja Estafeta, ni un solo libro o volumen con características de lo que se llama libro.

Todo eso lo anunció Eduardo Ballester aun después de haber hecho el esfuerzo de transportar por sí mismo las pesadas revistas que presentó al distinguido público cultural del país y después de compartir, en monopolio abierto, la compañía de las dos dulces periodistas que le flanquearon hasta que él decidió acudir a escuchar por unos minutos a Dámaso Alonso, el director de la Academia, que daba en el Ministerio de Cultura una charla para la gente de la tercera edad, para llegar a la cual aún le falta a Eduardo Ballester. ■ SILVESTRE CODAC.